

*Ella viene a mí descalza y sin prisa*

Maquillarme era una actividad cotidiana, lo hacía diariamente casi sin pensar, como una autómatas, mientras desayunaba, inclusive a veces en el semáforo que se ponía en rojo camino al trabajo. Pero para mi tío el maquillar sí que era todo un ritual en el que sus emociones más diversas afloraban. Todo dependía del día porque algunas veces estaba más vulnerable que otras. Pero también de la cantidad, del si maquillaba a muchos clientes en un solo día o no y de la hora a la que los maquillaba. Había justo un momento -que podía aparecer entre las 2 y las 5 de la mañana- donde el sueño lo atacaba sin piedad. Pero era impresionante porque antes de eso podía estar muy lúcido, y al salir vencedor del ataque también recuperaba una fuerza extraordinaria. Sin embargo, después de una jornada especial de trabajo, de clientes en su mayoría involuntarios, siempre me decía: —Estela, los sueños tienen su tiempo y su espacio, si no lo respetas, ellos tampoco lo harán y vendrán a apoderarse de tu vigilia.

Yo siempre pensé que el maquillaje era algo de mujeres, pero qué equivocada estaba... Poco a poco fui comprendiendo la pasión, el arte, la sensibilidad, y los desafíos que envolvían la actividad de mi tío. Aquello no era nada comparado con lo que yo hacía cada mañana. La mayoría de sus clientes había temido siempre ese momento, y la mayor parte de ellos hubiera rechazado estar ahí. Pero también era sorprendente ver la cantidad de “voluntarios” que llegaban. La dificultad siempre estaba presente, no es fácil tomar la decisión y menos aún ser autor de su propia muerte...

La edad y la causa de la muerte influían mucho en el estado de ánimo con el que mi tío llegaba a casa. No era lo mismo verlo llegar con un aire apacible después de haber maquillado a una persona de avanzada edad que había muerto por causas naturales a mitad de un profundo sueño, que a alguna víctima de un accidente o de algún crimen. Claro que eso no lo sabía yo en aquel entonces, no, cuando era niña había temas de los que no se podía hablar. Estaba junto a temas como la política o el sexo, como si uno pudiera preestablecer una fecha, una edad a la que ya se pueden tocar esos temas. Simplemente para votar se necesita una edad precisa, antes el gobierno no toma en cuenta tus opiniones (muchas veces tampoco lo hace después, pero te brinda la ilusión de que lo hace). De igual manera para tener relaciones sexuales el cuerpo requiere de cierta madurez. Pero la muerte no discrimina no hay edad para que llegue, inclusive puede llegar a aparecer antes de que termines de constituirte en el vientre materno.

Nunca entendí por qué se esperó tanto tiempo para hablar del tema, quizá quería brindarme la vida eterna, pero el no hablar de ciertos temas no los hace desaparecer. En cambio quiso llenar mi infancia de fantasías, siempre me habló de perseguir mis sueños y me alentaba a seguir leyendo desde muy corta edad todas esas historias. Yo era aún muy neófita en aquello de la lectura, en aquel entonces disfrutaba más que su melódica voz me dibujara las fantasías.

—¡Tío! ¿Cómo nace un cuento? —me preguntó la pequeña Estela ansiosamente una vez. Yo no supe qué contestarle, pues nunca había visto nacer uno. Los vi siempre que ya eran grandes y bien conocidos por todos.

—¿Puedes contarme uno? —me pidió con la alegría particular que iluminaba su rostro.

—No, no me sé ninguno. Recuerdo las historias, sé lo que sucede en muchos de los cuentos, pero en realidad no me sé ninguno. Cada una de sus palabras está ahí por algo y yo no me las sé todas, un cuento mutilado no te hará soñar.

—Entonces inventa alguno.

—¿Yo? Nunca me he atrevido... No soy capaz de contar algo que no conozca. Eso es lo que más disfruto de las historias, la sorpresa, por eso no las creo yo. Me gusta que me cuenten algo que desconozca, si yo la invento sabré todo el tiempo qué es lo que va a suceder. —Su petición me hizo reflexionar, ¿cuál era el caso entonces? Nada me resultaría suficientemente bueno porque no habría sorpresa en él, todo lo encontraría tan predecible. Pensé que la sorpresa solo podía venir de fuera, de lo ajeno a mí, qué triste me pareció la incapacidad de sorprenderse a uno mismo. Pero me alegré por todos aquellos que no compartían mis ideas, si todos dejaran de escribir por eso entonces se acabaría la sorpresa en el mundo. Además Estela era la que más vida irradiaba a mi alrededor y odiaba la idea de nublar su luz con las únicas historias de realidad que sabía contar. Siempre creí que el relato debía atraparte y generarte preguntas que desearas responder; al igual que requería de esas citas que te electrificaran todo el cuerpo, esas frases que te hicieran regresar a la misma línea una y otra vez con ganas de capturar por siempre la sensación que ella te producía.

Estela albergaba todo un mundo en su cabeza, supe que si alguien en ese cuarto era capaz de crear una historia, no era yo. —Estela, quiero que me cuentes el final, quiero conocerlo solo yo, esas son las narraciones que me gustan, las que guardan un secreto insospechable hasta el fin. Siempre te gustó jugar a las escondidas, siempre has creído que hay algo muy emocionante en el no dejarse ver, en ser descubierto o en salir cuando al otro se le han acabado sus opciones. Escribamos la historia juntos dos veces, cuéntamela una vez, cuando solo yo la conozca jugaré a esconderla, a partirla en pedazos y a ocultar algunas piezas. Pondré el final incomprensible solo en un primer momento, lo iremos armando hacia atrás, hasta llegar a lo más sencillo donde todo tenía un sentido transparente y nunca nadie se hubiera sorprendido de nada. Así fue, escribimos un cuento juntos, en realidad no era muy bueno, pero dos cosas lo convirtieron en invaluable para mí: la primera es que hacía soñar a mi Estela con todo el corazón, la segunda fue que logré sorprenderme a mí mismo... Años después de haber arrumbado el cuento en un cajón lo encontré, lo releí y descubrí que era posible sorprenderse a sí mismo por medio del olvido, la historia logró atraparme como si hubiera sido escrita por alguien más.

Aún recuerdo a mis padres, ellos fueron mi primer contacto “directo” con la muerte. Un accidente de coche fulminante los hizo partir de este mundo muy anticipadamente para mi gusto. Fue por eso que desde pequeña me fui a vivir con mi tío. Quizá por eso fue que siempre me mantuve soñadora, mientras mi padre trataba de educarme en el mundo, mi tío me incitaba a soñar lejos de aquí y a defender lo que yo opinaba. Con mi papá mantenía una lucha constante, el punto era siempre llevarnos la contraria. Si él me reprochaba que eran los niños pequeños los que tenían miedo de dormir sin luz, yo lo molestaba diciéndole que los viejos como él no toleraban ni una luz encendida para poder dormir. No importaba mucho la causa, sino lo que pretendía mostrarle yo, al fin y al cabo no éramos tan distintos, nuestro problema con la luz nos espantaba el sueño a ambos.

Mi madre, ferviente cristiana, siempre me llevaba a misa. Yo creía que más valía poner colchones que bancas, porque lo más impresionante que se podía observar ahí estaba en el techo. En pocos sitios he visto techos tan altos sostenidos por tantas columnas.

—¿Cuántas se necesita tumbar para que el techo se venga abajo? —Fue lo que pregunté cuando mi madre me dijo que pusiera atención a la misa. Yo le dije que tal vez el problema no era cuántas, sino cuáles, así había sido siempre, todas en semejanza iguales, pero siempre algunas más importantes que otras... Ella insistió una vez más en que no era el momento de hablar. Así que me quedé callada y seguí observando el techo con todas esas grecas. Qué divertido habría de haber sido trabajar ahí en el techo, estar como volando. Y los vitrales y rosetas no se quedaban atrás, llenos de colores, con toda esa luz que los atravesaba como si quisiera romperlos.

El día llegó, finalmente mi tío se atrevió a hablar de su trabajo conmigo. Como siempre que uno pretende revelar algún secreto, era demasiado tarde. Obviamente yo ya lo sabía, tantos años viviendo con él sin darme cuenta era algo que solo creía posible él. Así que él fue quien se sorprendió al notar que lo sabía.

—Tío, te interesas tanto en el pasado, que desconoces la actualidad, bastaría con que la actualidad se convirtiera en historia para que pudieras conocerla, pero lo peor es que con tu memoria la historia se te olvida. Y es así como nunca te enteras de nada.

—Si ya lo sabes, ¿por qué insistes entonces en hablar del tema?

—Porque sé cuál es tu trabajo, mas no sé por qué elegiste hacer eso. ¿No te da miedo?

—En general no, no los conozco. Uno pensaría que el problema son los desconocidos, pero ocurre lo contrario, son los conocidos a los que realmente debo enfrentarme...

—Entiendo lo que quieres decir, el planeta va restando los muertos, un habitante menos en este mundo; mientras tanto nosotros los vamos sumando... Y nos vamos apropiando de ellos, cada uno tiene a sus muertos. Algunos duelen más que otros y perduran más tiempo en este mundo de lo que perdura

su cuerpo...

—Pues yo no sé si a lo largo del tiempo me he ido haciendo más fuerte por cargar a mis muertos, o si contrariamente me he ido debilitando porque ya no puedo cargar más con ellos... Desde hace muchos años me atrapó, estaba allí con su vestido que la recubría de flores, tan tranquila e imponente a la vez. No se parecía en nada a aquella pequeña niña que mi madre me había mostrado en fotos, había cambiado hasta en el más ínfimo detalle, fue ahí cuando comprendí que sí se podía llegar a ser otro... Una vez que lo asimilé quise moverme, pero no me dejaba. Nunca me había sentido totalmente paralizado, quería huir con todas mis fuerzas, así que cerré los ojos y logré ser dueño de mí nuevamente. Pero para marcharme era preciso volverlos a abrir, lo hice y allí me retuvo para siempre, supe que dedicaría el resto de mi vida a ella. Al fin y al cabo no me distinguía de los otros, mi vida también estaba destinada a la muerte. Era la mejor amiga de mi madre, pero cuando la observaba no me impactaba tanto como lo haría después. Desde que era pequeño la vi en innumerables ocasiones, sin embargo nunca llegamos a tejer una relación tan profunda como el día en que la vi por última vez en su funeral. Supe que había algo en los muertos que me atraía, pero al mismo tiempo descubrí algo sagrado y peligroso con lo que no se debía jugar. Me generó atracción, pero también miedo y dolor... El muerto genera tantas preguntas que pareciera solo él mismo puede contestar. Quizá conteste, pero quién es capaz de escuchar... Así que el estar tan cerca de ellos y hacer de mi trabajo un arte se convirtió en mi propia forma de escuchar. ¿Cómo describirlo con palabras? Nada parece ser suficiente, considero que en realidad no soy capaz de transmitir el sentimiento, tan solo llega, me toma en sus brazos, me desgarran y arranca todo, me deja sin nada, pero al mismo tiempo con todo, me cubre de paz y de la dicha de existir...

—Pues a mí de cierta forma tu labor me parece análoga a la que emprende un restaurador. Es como si intentaras darle al difunto una apariencia de vida, en el caso de un muerto por enfermedad o por vejez se busca darle color, tapar su palidez, obscuridad y la frialdad de su cuerpo muerto; en el caso de un accidentado, de un suicida o de un asesinado, hay que cubrir sus heridas, intentar mostrar que la persona ha sanado o que jamás sufrió dichas lesiones. Me parece que todo consiste en intentar alcanzar el olvido, el olvido de la condición de muerto en el que ese cuerpo se encuentra. Sea como sea, le otorgas un brillo y color artificial, taparás sus heridas, pero jamás las sanarás, seguirán ahí. El muerto seguirá muerto, tal vez logres decorarlo, pero jamás cubrir su muerte y mucho menos resucitarlo. Su color no volverá a él, sus ojos no volverán a abrirse; el arreglo es momentáneo y fugaz, el cuerpo ha comenzado a pudrirse por dentro, nadie puede verlo aún, pero pronto olerá, pronto los gusanos empezarán a apoderarse de él. Sin embargo, la última imagen que el que continúa con vida intentará retener de él será la de un muerto tranquilo y en paz, un muerto maquillado. O tal vez mantendrá el

recuerdo de lo que vivió con él, no importa cuál sea el caso, la persona mantendrá el recuerdo de un muerto “viviente”. Se alejará de la idea de putrefacción, se apurará a velarlo y lo incinerará o enterrará antes de que pueda percatarse del proceso de descomposición.

—No es vida lo que intento dar, ¿quién soy yo para decidir quién vive o muere? El cuerpo está ahí indefenso e impotente aparentemente bajo mi poder, sin embargo ¿de quién es ese corazón que se acelera y late fuertemente? ¿Quién es capaz de controlar y dominar al otro aún desde su jaula sin siquiera planear que así sea? No es encubrir la muerte lo que quiero, eso quieren los otros: que los ayude a no ver eso que está y que no desean ver. Te lo dije desde un principio la muerte me atrapó y no hago más que servirla. Pareciera que a todos les llega la muerte por sorpresa, en general más rápido de lo que quisieran y muchas veces sin previo aviso, se pasan la vida evitándola. Yo no la veo de reojo para que me haga menos daño, sino que a través de todos estos años, la he visto detenida y detalladamente en muchas de sus facetas, la observo con miedo y amor. Desde entonces siento que ella viene a mí descalza y sin prisa.

Leonardo era un estudiante que recién ingresaba a la universidad, siempre fue un poco retraído e inseguro de sí mismo. Acababa de comenzar la carrera de filosofía, pero no sentía que cubriera con el perfil. En toda su vida solo había leído 4 libros completos, y de dos ya había olvidado el título. No le gustaba participar en clase y sentía que su capacidad crítica estaba adormilada. Veía a muchos de sus compañeros discutir y defender sus ideales en las redes sociales. Entonces se avergonzaba de no tener en su Facebook más que fotos de sus viajes y felicitaciones de cumpleaños que iban y venían cambiando solo de nombre. —La conciencia humana no se estudia, estudiando filosofía no vas a perder tu frívola personalidad y a hacer que de pronto te importen los otros —se dijo a sí mismo—. ¿Qué más da todo el sufrimiento humano y la injusticia social, sentir algo y más aún hacer algo? Esas son cosas que no se aprenden. ¿Qué clase de humanista puedo ser si no publico en Facebook mi lucha social? Creo que me fui de pinta de ese curso en la carrera.

Una vez el profesor de natación me gritó muy enojado, al ver la cola de 15 niños que esperaban impacientemente detrás de mí en el trampolín de 10 metros. Me dijo refunfuñando que no era necesario saber para saltar, pero es que a mí siempre me ha molestado no saber, dudo tanto que no puedo hacer las cosas. Dicen que las ciencias exactas generan certezas comprobables, la religión tal vez no comprueba, pero también genera certezas que independientemente de su verdad se mantienen fuertemente con la necedad y la entrega de la fe. Yo estoy muy lejos de esas certezas, comparto una esencia común con las disciplinas que dudan, como la filosofía, pero hasta llena de contradicciones ella avanza, tal vez avance con pasos poco certeros y luego se vaya para atrás o para un lado, pero ¡se mueve! Eso es lo que a mí me falta, mi miedo es tanto que me paraliza.

No sé qué es lo que fue cambiando en mi interior, pero cada vez lo malo me parecía más malo, las injusticias más injustas y la pobreza más grande. Me costaba mucho relacionarme con los demás. Pensé que eso era todo, que caíamos en el mundo y existíamos, pero a veces hay que hacer un esfuerzo por existir. Mis propios problemas no eran nada si los comparaba con toda la gente que sobrevivía día con día, que realmente debía darlo todo para existir. Pueblos enteros, luchas desgarradoras, a mí no me pasaba nada... Ya uno de los cubanos que tomó como arma la guitarra lo dijo muy bien, “el colmo de la vida es contar lo que nos pasa, hacer la fábula florida de nuestra tragedia”... El dinero no da la felicidad, pero el ver tantos niños con hambre y tanta gente que sufre en la miseria, me hace crear la irremediable y extraña asociación de pobreza con tristeza. Mientras tanto el común de la gente (mayoría dentro de la cual lamentablemente me incluyo) continúa consumiendo el olvido como paliativo, pero también como condena y tormento; ya que somos un pueblo condenado a la pérdida de la memoria y la memoria es lucha... Supe que al final la vida no valía nada si no lo intentaba, si no me arrojaba... Necesitaba que valiera la pena estar aquí, no en este lugar, sino aquí en el mundo.

Me llamo Gabriel y decidí cometer un homicidio, nunca había matado a nadie, bueno la terminología no me queda clara, no sé si es un un homicidio o un suicidio... Decidí acabar con mi persona, no me gustaba quién era así que quise desaparecerla por completo. Cambiar de forma de vestir, de peinado y hasta de sexo podía haber sido más fácil, pero pensé que hacer lo que sé que nunca haría frente a cada una de las situaciones, eso era lo que realmente me convertiría en alguien distinto. ¿Por qué consideraba que era más fácil el cambio físico? Porque ya lo había intentado cuando era más joven, antes de desear un verdadero cambio. El color blanco, generalmente asociado con la pureza, obtiene una connotación tan negativa cuando se trata del cabello... Yo podría tener el cabello de cualquier color, podría teñírmelo de pelirrojo o negro, inclusive de azul eléctrico, pero nada causaría tal revuelco como el teñírmelo de blanco. ¿Quién en su sano juicio podría decidir pintárselo de blanco? En todo caso, en la respuesta no encontramos una aplastante mayoría. Es ridículo porque yo creo que me va mejor el blanco que el rubio, al menos hay una parte positiva, el blanco no solo se asocia con la vejez. Entre el rubio y el blanco hay otra patética y prejuiciosa batalla entre la sabiduría y la estupidez. ¿Por qué duele tanto el blanco cuando se trata del cabello? ¿Por qué es un color tan evitado? Eso es, representa el paso del tiempo, la vejez y la inminente muerte que te persigue y se va apoderando poco a poco de ciertos detalles, es como si tú corrieras de ella, y la muerte alcanzara a pillarte por los cabellos. Quizá no sea tan dramática la respuesta, tal vez algunas personas aprovechan para realizarse cambios en su imagen, cambios que nunca podrán alcanzar de manera natural, como el cabello rosa. Ya que el blanco espera pacientemente y en algunos casos no tan pacientemente. En otros simplemente nunca llega porque el cabello decide suicidarse y desaparecer antes de convertirse en blanco, sí, como si fuera una afiliación a un partido político y en la defensa de sus ideales prefiriera ¡morir antes de convertirse en blanco! No ha sido mi caso, aunque tampoco deseche la opción de algún día quedarme calvo. Total que en un afán de ganarle al tiempo, de decidir mi color de tinte antes de que me fuera impuesto, decidí teñirme el pelo de blanco. Sí, odio admitir que empecé a sentirme viejo cuando brotaron las primeras canas, pero creo que exageré, aun el 97% de mi pelo tenía su color natural cuando decidí invertir los porcentajes. No obstante me encontré con una agradable sorpresa, fue como si el proceso también se invirtiera cada mañana, ya no me fijaba en los 7 cabellos blancos que tenía y pensaba en mi anunciada desaparición de este mundo; sino que me enfocaba en aquellos castaños oscuros que se revelaban contra el tinte y empezaban a crecer. Fue como si estuviera rejuveneciendo, como si en lugar de nacerme muerte de la cabeza, me naciera vida...

Mi suicidio ya no incluía ningún cambio de imagen, sino de trasfondo. Aunque debo aceptar que la depresión me llevó a descuidar mi aspecto físico, tan solo el paso del tiempo y los lunares que empezaban a desplazarse de lugar, me indicaron que era el momento de tomar una ducha y arrancarme



al demonio que se me había metido dentro. Abandoné el trabajo, mi casa, mi familia (que en realidad ya había abandonado desde hace mucho más tiempo) y mi país. Lo que me dio tristeza fue ver la ciudad tan comida por el hombre... Más bien, ver ese pedazo de tierra tan comido por la ciudad. Pensamos que el vivir en una realidad te ayuda a conocer tu entorno, pero también puedes estar tan inmerso en él, que dejas de verlo, está tan cerca que no puedes tomar distancia para observarlo objetivamente. Fue el viaje el que me hizo verlo. Solo el día en que llegué aquí le conté a un desconocido mi historia, fue la única vez que lo hice ya que me planteó la idea del regreso.

—Al irte de tu Patria no podrás regresar jamás —le contesté—, irás al lugar en el que estuviste alguna vez, pero no hay vuelta todo ha cambiado, te has perdido la suma de miles de momentos que hacen inconcebible la idea del regreso, deberías regresar todo hasta el tiempo para poder volver, y eso no es posible. Así que te fuiste soñando con un regreso que no sabías que era inasequible.

—¿Te arrepientes?

—No podemos arrepentirnos de lo que no hicimos. El arrepentimiento te hace querer regresar el tiempo, pero yo no añoro viajar al pasado, sino que quiero que el suceso se realice en mi presente, que se actualice. El pasado y el presente son distintos, en el pasado no lo quise, ahora sí lo quiero. Si yo regresara a él no lo querría, pero si él regresara a mí lo querría. De esta forma no hay arrepentimiento, sino deseo, lo cual significa solo una forma de vivir lo imposible.

Desde entonces, cada vez que veo a un desconocido pienso que yo podría ser cualquier persona. Como no me conoce, no sería incoherente actuar en contra de mi propia personalidad. Es por eso que hace mucho tiempo que dejé de buscarle sentido a la vida. Si el hombre es contingente, es azar, entonces es pura posibilidad. Y no debe tratar de encerrarse buscando un sentido, un orden; ya que el orden lo limita. Y como lo determinado es lo que el hombre no es, la búsqueda de sentido le arranca su existencia. Mi proceso fue como el de una mujer que cambia de sexo no por preferencia sexual, sino para ver qué tanto su género la condiciona. Así cambié yo por dentro. Descubrí que podía ser de tantas maneras que no quería impedirlo definiéndome. Fue como si solo se necesitara tierra de por medio y tiempo para cambiar por completo una realidad.

Al fin y al cabo todos terminamos sirviéndonos del error del otro. ¿Para qué lo hacemos, para eliminar la falsedad? Se busca con la ambición de ser uno mismo el que la encuentre, y la única razón por la que queremos que el otro la busque es para ir en contra de él. Sin errores nadie podría avanzar. “X” se equivoca, “Y” se sirve de ello para enriquecerse y pretender dar luz con ello; pero es esa misma crítica de “Y” la que le permite avanzar a “X”. ¿Qué serías tú sin mi error? ¿Qué sería yo sin el tuyo? ¿Y qué sería de ambos si los dos hubiéramos estado equivocados, pero nadie nos lo hubiera mostrado?

Únicamente escuchaba el eco de un grito ensordecedor, era el recuerdo de su propia voz como nunca antes la había escuchado... Un alarido que la desgarraba de dolor por dentro, era tal la pena que se sentía fuera de su propio cuerpo. No solo la embargaba el dolor, a Alma también la comía el enojo. Allí se encontraba, descalza a la orilla del acantilado con la vida que aún le quedaba por delante, el mar por debajo, y en medio (pero también adentro) el infranqueable vacío.

Ni el *Minnesota* o el *IBT* hubieran podido diagnosticarlo tan claro... Tanto gasto en psicólogos para que lo descubriéramos rompiendo nueces. Pero es que de alguna forma debía ganarse la vida Fernanda, la psicóloga con la que más tiempo duré. Y no iba a decirme que pelar nueces me daría la respuesta, sabía que no le hubiera pagado por eso. Aunque viendo el resultado creo que hubiera preferido pagarle lo mismo por esa respuesta tan útil que por todos los meses infructuosos que pasé en su consultorio. Tal vez podría patentarlo, “romper nueces como estudio de personalidad”... “Pero tenga cuidado, hacerlo con su pareja puede traer consecuencias fatídicas”, como el divorcio en mi caso (dependiendo de quién lo mire resulta fatídico o no). Fue todo un ritual, desde el momento de elegir las nueces, yo lo hacía tan cuidadosamente, como buscando la mejor, como si se tratara de elegir la fruta madura.

—¿Qué más da? —preguntaba él—. ¡No importa cuál tomes, las romperemos todas!

Desde ahí irrumpía en mi proceso, con esa prisa, esas ganas de ganarle al tiempo. Debí haberlo intuido desde el principio, yo quería comprar una de esas pinzas especiales para quebrar las nueces, por algo existen me dije, si se inventaron es porque debe de ser más fácil hacerlo con ellas. Pero él no quiso, sería su tacañería la que le impedía desfundar un par de pesos o solo su eterna practicidad. No era necesario, si el dejar caer una piedra sobre ellas era suficiente. Yo sacaba minuciosamente cada pedacito atorado. Él hacía todo con presteza dejando la mitad de la nuez adentro. Yo tenía cuidado de no dejar caer ningún trozo, él explotaba literalmente las nueces, sin importar si la cáscara volaba por toda la cocina.

—¿Tan solo llevas esas?

Era de esperarse que él rompiera el doble de nueces en la mitad de tiempo. Ese era el problema, el tiempo, vivíamos a otro ritmo, y él no podía concebir que yo tardara tanto en hacer tan poco. Nuestro tiempo se medía con un reloj muy distinto. Y fue hasta que él se fue que me di cuenta de que el enemigo no era él, sino el tiempo, el tiempo que carcomía todo, que siempre pasaba corriendo. Aunque todos decían que fue el alcoholismo lo que terminó con nuestra relación, yo siempre me aferré más a la historia de las nueces. Para mí su alcoholismo ni existía, tal vez me empeciné en hacer de él una fantasía inexistente. Entonces el problema ya no fue nada más haberme enamorado yo sola, lo peor fue que me enamoré de nadie...

De alguna forma mi padre me lo advirtió, sabía que no debía casarme con él. Aún recuerdo el día en que desafortunadamente nos vio discutir. Sabía que mi padre era demasiado colérico, no soportaría que alguien tuviera un mal trato hacia mí. Yo prefería soportar el mal trato que ver sangre correr, quizá por eso seguía estando dominada, quizá por eso nunca me atreví a luchar. Sabía que el obedecer no me traería nada bueno... Hice de la norma mi religión. Era el único parámetro que podía señalar que estaba haciendo las cosas bien. ¿De acuerdo con quién? Ese fue siempre el problema... Tuve que convencer a mi papá. Lo miré llena de sufrimiento, le expliqué todo con palabras, pero lo único que lo hizo comprender fue mi mirada, deposité un beso en su mejilla y suavemente fue bajando el puño, lo hizo solo por mí. Se tragó su furia y aceptó no molerlo a golpes.

Así como nuestro noviazgo no fue más que una palabra en un primer momento (ya que tuvimos que construirlo pieza por pieza), nuestro divorcio al inicio no era más que una firma. Con el tiempo me fui acostumbrando a ya no quererte. Me fui muy lejos de ti y ya no me hacías ni falta, ni daño; tal vez porque me adapté al nuevo lugar y me acostumbré a que ya no existieras. Pero al final no supe si fue la costumbre o el olvido lo que me trajo a esta condición, quizá los dos juntos. Qué sorprendente me parece pensar que algún día te amé, ¿cómo puedes significar tan poco ahora? Te amé, y todo lo que te dejé hacer con mi cuerpo no fue ni la mitad de lo que te dejé hacer con mi alma y mi vida. Fue así como aprendí que en esta vida, la única pareja eterna la conforman *nadie* y *nada*, ya que al final *nadie* se queda con *nada*...

¿Por qué diremos perdí a mi hijo, queriendo decir que murió? ¿Acaso queremos ser siempre el centro de atención? ¿Por qué tendría que ser yo el sujeto de su muerte? Me queda claro que soy el sujeto del sufrimiento porque aunque él haya sufrido la que sigue sufriendo soy yo, pero en su muerte no fui ningún sujeto activo (ni lo maté, ni morí. Por más que lo haya hecho enfadar en ocasiones, de un coraje no murió), más bien fui espectador. Además lo que se pierde tiene la posibilidad de ser encontrado, está claro que también podemos no encontrarlo nunca jamás, pero hay una posibilidad, y aquí no hay ninguna, así que qué perversa expresión decirle a alguien: “Perdí a mi hijo” como para que me ayude a encontrarlo, esperando a que me lo devuelvan... Pero muchas veces oí decir “Perdió a su hijo”, lo cual siempre me hizo sentir que me estaban inculcando. Yo estoy de su lado, siempre sentí que yo había tenido la culpa, sé que mis dos hijos eligieron su camino, mas nunca acepté que yo no hubiera podido hacer nada para cambiar las cosas o al menos para impedir las.

Lo más valioso que tuve en este mundo fueron ustedes, mis hijos. ¿A quién puedo explicárselo? Ni a ti, ni a él. Al parecer, en la pretensión de no mentirle a ninguno de los dos, esto más bien termina siendo la forma de mentirles a ambos. En realidad no quise involucrarme mucho en su disputa indirecta. Pensé que si los veía bien en casa, no les afectaría afuera tampoco. Debo aceptar que

lamentablemente nunca logré ser muy entendida en política. Quizá no tuve toda la responsabilidad, ya que siempre sabía en contra de qué partido estaba, pero el abanico de precarias y decadentes posibilidades nunca me permitió afiliarme a ninguno. Además conforme ustedes fueron creciendo e involucrándose activamente en la política, yo fui distanciándome de ella cada vez más.

Las personas olvidan lo que es doloroso y eso nos hace bien, pero olvidar también puede hacer daño, hay ciertas cosas que no deberíamos olvidar nunca y es doloroso darse cuenta de cómo simplemente las hemos perdido en la memoria. Leonardo, qué ansias de querer saber, la parte más codiciosa de mí, la que anhela tener más y más es mi cerebro, cómo le gustaría saber más, cómo me lastima la ignorancia. Me duele tu muerte, te extraño, pero me duele más no haber sabido... Cómo me hubiera gustado saber que el último abrazo que te di era en realidad el último que te daría... Gabriel, siempre tuve miedo de enfrentarme a ti y decirte lo que pensaba de tu trabajo, pero enfrentarme a ti no es nada comparado con el hecho de enfrentarme a tu ausencia... Dejar de tenerte es una muerte simbólica, cuando te fuiste sin dejar rastro fue como si no dejaras nada más que tu muerte.

—Pero tío...

—Sí Estela, la mejor amiga de mi madre era Alma. Nadie comprendió en un primer momento por qué esa mujer extranjera se había arrojado por un acantilado. De alguna manera el dolor siempre será descontextualizado, el contexto era el drama mismo que existía en su interior. Fue hasta que encontraron la carta para sus hijos que lograron identificarla y regresarla a su país. Su hijo Leonardo se había convertido en un activista político, era de los dirigentes de los estudiantes en todas las marchas. Por su parte Gabriel era militar y estaba encargado de reprimir todo movimiento e intento de rebelión. Alma siempre estaba nerviosa y solo deseaba que sus hijos estuvieran bien. A ella no le importaban las inclinaciones ni la ideología de sus hijos. Su profesión era ser madre y eso consistía en la ausencia de preferencias, en amarlos a ambos por igual. Pero siempre existió el riesgo, uno podía llegar bien a su hogar y el otro podía no llegar. Entre ellos también omitían el problema, en casa eran hermanos, pero ¿cómo seguir poniéndose esa venda en los ojos? Pertenecían a un sistema que se oponía y que luchaba fuertemente. Gabriel no mató a su hermano, pero en aquella última revuelta en la que participó antes de dejar el país, sí mató a otros estudiantes. Yo nunca llegué a conocerlos a fondo, mi madre me platicaba acerca de ellos y en mi ingenuidad yo creía que Gabriel era el hijo bueno con su madre, siempre tan simpático, tranquilo y dadivoso; a su mamá no le faltaba nada gracias a él. Mientras que Leonardo me parecía el malo, a partir de que empezó a luchar se volvió geniuo, estricto y severo. Pero por más malo que fuera el malo, no mataba como lo hacía el bueno... Por eso dicen que no aguantó más, que perdió la razón y hasta su propio nombre, y desapareció en algún lugar del planeta. Alma se consumió de dolor al enterarse de que Leonardo había sido asesinado. Intentó durante mucho tiempo localizar a Gabriel, pero fue como si la tierra se hubiera encargado de engullirlo.

Es por esto que los conocidos me aterran más que los desconocidos, porque vienen vestidos con toda una historia. Fue muy grande el impacto, Alma me hizo descubrir mi vocación, pero desde ese momento ya solo trato directamente con la muerte. La única persona conocida que me he acercado a ver en su funeral, fue Alma.